

Por J. TABERNERO IÑIGUEZ

MD

Dio la sensación de que Miguel Delibes hubiera perdido el ritmo en la publicación de libros. La muerte de su esposa, Angeles, que él llamó «mi equilibrio», supuso, allá en el 74, «seguramente lo más importante que podría haberme ocurrido en la vida». A primeros de diciembre de aquel

año, en una carta, me decía: «...en estas horas amargas...» No afectaba ya a «El príncipe destronado», y «Las guerras de nuestros antepasados», que aparecería recién estrenado el año 75, se encontraba ya bien trabajada. De entonces acá, a todo lo largo del 75, hubo el discurso de entrada en la Real Academia, leído el 25 de mayo, y, sin ningún otro libro que viera la luz. Delibes se limitó a declarar que preparaba uno en torno a la pesca de la trucha, una obra paralela al «Diario de un cazador» sólo que el bedel Lorenzo quedaría ahora suplantado por el protagonismo del propio autor. Luego dijo que prefería dejarlo hasta la nueva primavera, en que volvería con su caña al río y refrescaría sus vivencias de pescador.

Acaba de aparecer ahora «S. O. S.», un librito de 147 páginas en que se recoge su discurso de ingreso en la Real Academia, que tan amplia demanda tuvo, y junto al que «viajan otros dos trabajos que por su breve extensión no bastarían para dar la paginación normal de un volumen de esta colección y que, en buena medida, guardan relación con aquél, puesto que ambos responden al común denominador de mi sentimiento por la Naturaleza y el consiguiente temor de que una tecnología desbocada termine por destruirla» —según declara él en el prólogo. Se trata de la descripción de una jornada de caza de patos que él había escrito pensando utilizarla como prólogo de un libro de caza de patos, que se elaboraría en colaboración y que no llegó a escribirse, y ciertas consideraciones escritas en el 73 a propósito de la catástrofe de Doñana.

En cierta ocasión dijo Delibes que no sabía del todo bien cuál era el polo verdadero de la disyuntiva: «tal vez no escribiría si no cazara, o no cazaría si no escribiera». Lo cierto es que, por encima de cualquier otro perfil, le caracteriza la polaridad: los valores humanos y los valores literarios; su casticismo de ruralidad provinciana y la atalaya, al fin Real Academia; hombre de familia y hombre del campo... Si, de un lado, Angeles, su esposa, era «su mejor mitad», en otro sentido podemos decir que la Naturaleza es la mejor mitad de Delibes, y no sólo ya como hombre, sino también como escritor. Y ahí, en esa otra mitad de su producción literaria, siempre, casi siempre, están ellos, sus hijos. Yo no concibo a Delibes cazando o pescando en soledad; siempre estará a su lado el hermano o los hijos. Unos hijos que se le fueron en la universidad hacia Biológicas y que ahora —¿cómo no?— tienen su intervención en este escrito sobre el coto de Doñana, en este relato de caza de patos y, principalmente, se ve cómo aportan materiales y colaboran con el padre en su discurso de ingreso en la Real Academia. Muerta la madre, el equilibrio aglutinador de la casa, emociona imaginarse a los hijos haciendo mesa de papeles con el padre en la preparación de su discurso de ingre-

so en la Academia, algo «que ella ahora, en algún lugar y de alguna manera, aplaude».

A Delibes no le iba un discurso de crítica literaria. Le resultaría postizo, disfrazante, un poco al aire de los atuendos del frac que no le caen tan espontáneos como la cazadora de ante evocadora del monte. La Desl, que aparece en «La hoja roja» como la voz ruda y sincera de la Naturaleza a la que el viejo jubilado —que tanto tiene de su padre— necesita volver, es amparo, cobijo y liberación. Delibes quiso llegar a la Academia con palabras arrancadas a los aromas montaraces, a la verdad del campo, a «la llamada del campo». Lo que pasa es que esta llamada de ahora es angustiosa, es de pedida de auxilio porque la Naturaleza amenaza con morirse, con quedársenos muerta en medio de nuestra tecnología y eso que llamamos progreso y que a lo peor es regreso deshumanizante, artificio de incomunicación. Delibes, con el aporte de sus hijos, ha elaborado un trabajo de recopilación capaz de sacudir un fuerte estremecimiento en los hombres, también en los hombres de tanta letra de los sillones de la Real Academia. Delibes y Soljenizyn se parecen en lo del grito de aviso arrancado de un fuerte amor: si éste advierte del comunismo, aquél advierte del deterioro de la Naturaleza. Ambos, con datos estremecedores. Ambos, sirviéndose de la Literatura como vehículo que hace que el sermón no parezca tanto sermón.

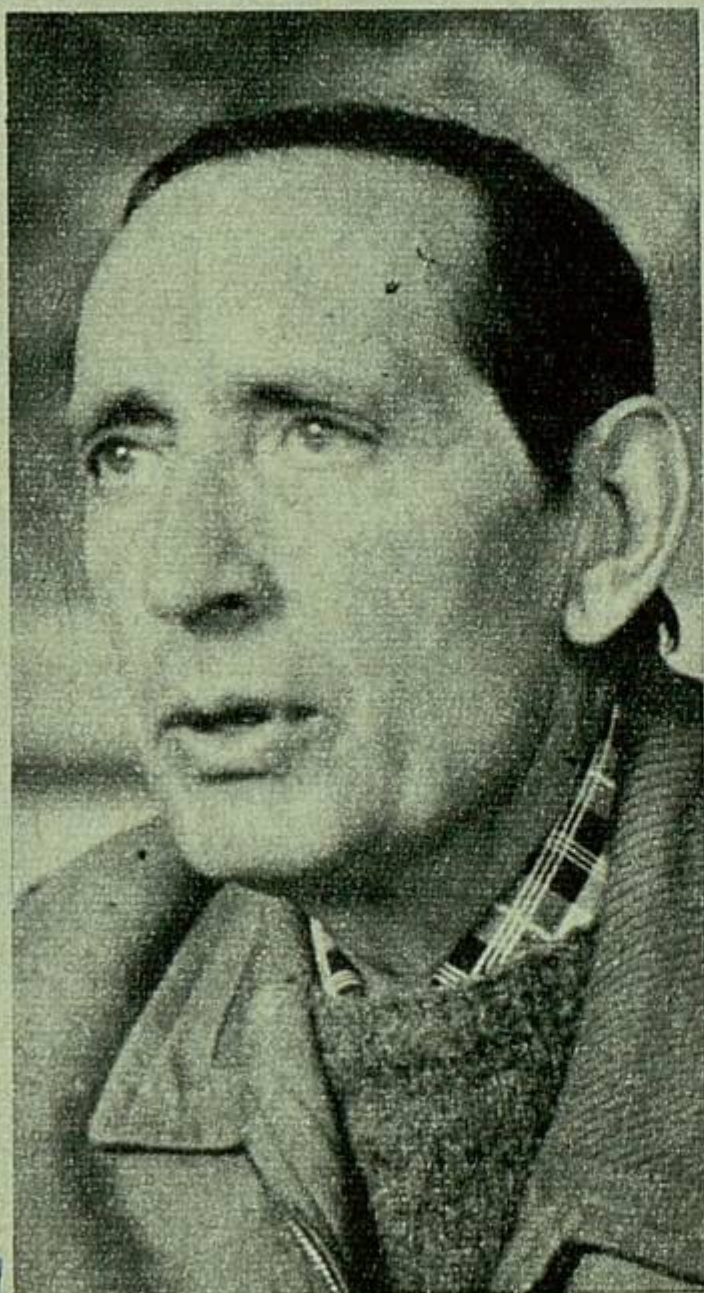
También el próximo libro de Delibes versará sobre el campo: el río de la montaña libre de toda contaminación, la trucha en sus aguas y, sobre todo, la proyección humana, el afán y goce del hombre dentro de un menester deportivo tan inocente, tan intrascendente, de tan pequeña o grande dimensión según quién lo mire y desde dónde lo mire. Quiere Delibes estar él mismo ahí como protagonista esta vez.

"La Provincia"

Valencia 16-4-76

# UN LIBRO DE DELIBES

Miguel Delibes es uno de los escritores españoles más importantes de la posguerra. Y además es uno de los escasos humanistas liberales con que cuenta nuestro país, un hombre que ha sabido prolongar como



Increíble Delibes

pocos, y acaso sin proponérselo en absoluto, lo mejor de la tradición del liberalismo español. Acaban de aparecer en un libro publicado por la Editorial Destino dos de sus ensayos,

donde queda más claro el sentido profundamente ético de su obra: «S. O. S. El sentido del progreso desde mi obra» y «La catástrofe de Doñana», el primero de ellos discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, y el segundo, consideraciones en torno a la destrucción de una fantástica reserva ecológica, hoy en trance de extinción. Acompañan a estos dos ensayos un delicioso relato, cuyo título abreviado es «Prólogo a un libro sobre la caza del Pato...». Los tres trabajos constituyen una obra importante, sobre todo para conocer y ahondar la ideología del autor de «Las ratas» y «Cinco horas con Mario», acaso dos de las mejores novelas españolas de los últimos cuarenta años. Delibes es un maestro de la prosa que ha asumido con honda sinceridad la defensa de un mundo natural que quizá a algunos parezca ya extraño, pero cuya supervivencia sigue siendo uno de los fundamentos de la civilización. Leyendo al escritor vallisoletano uno tiene la impresión de estar ante una conciencia lúcida y amarga, teñida de suave escepticismo y de melancolía, pero que no abandona el combate por el hombre. Una hermosa muestra, pues, de una persistente defensa de un concepto de la libertad y la dignidad, tal vez discutibles, pero que tienen el importante dato a su favor de nacer de un sentimiento de sinceridad y de humana solidaridad.

MD

"Diez minutos", abril

FUNDACIÓN  
Miguel Delibes

# libros

## el libro de la semana



### «S.O.S.», DE MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes, desde su vallisoletano rincón, parece, buen cazador que es él, un solitario que observa el mundo que le rodea, la palpitación vital, o palpitación mortal que le rodea. Cazador solitario que dispara hacia muchas direcciones en fórmulas, en técnicas y en una sola constante: el amor por la Naturaleza, el respeto por la Naturaleza, que no será jamás paradójico decirlo así de un cazador. También aunque de otra forma caza el ejecutivo que sale a la calle en busca de sus cotidianos millonajes. Hay formas muy diversos de darle al gatillo de un arma.

Una de ellas, acaso la más noble, la más significativa, la más aleccionadora, esté en la palabra que se escribe. Miguel Delibes, con tantos buenos libros en el zurrón de su "caza", de su trabajo, de su vocación, pronunció, como ustedes saben, su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua. Fue el día 25 de mayo del pasado año. Como de costumbre, se hizo una reducida edición del discurso. Los amigos más cercanos terminaron con ella en pocos días. Y ahora, Ediciones Destino, la reedita en unión de dos trabajos más del escritor.

El título del discurso era "El sentido del progreso desde mi obra". Aquí se encabeza con la sigla S.O.S. Por si algún lector no lo sabe, recordemos que viene esta sigla de la inglesa expresión "save our souls": "salvad nuestras almas". Fue un grito desesperado de quienes no podían ya ser auxiliados materialmente en un naufragio. Desde entonces quedó el famoso S.O.S. como petición de urgente auxilio. Me parece perfecta tal petición a la cabeza del discurso del académico Miguel Delibes. Porque se trata de un nuevo grito de alarma, de una nueva llamada hacia la salvación del mundo en que vivimos, y a cuya destrucción, paradójicamente, nos lleva eso que con tanta ingenuidad entendemos por progreso, cuando la verdad está en que se trata de todo lo contrario. La apariencia confortable de una época, de un par de siglos, nos ha dado una imagen falsa. Tan falsa que puede que ya no estemos a tiempo de modificarla.

Dice el escritor: "El desarrollo humano no es sino un proceso de decantación del materialismo sometido a una aceleración muy marcada en los últimos lustros. Al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objeto-centrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, le ha hecho caer en la abyección y la egolatría". Y en esto estamos: en la ecuación de competencia entre la Técnica y la Naturaleza. Como el escritor en su alucinante y desesperanzado discurso, uno se hace muy pocas ilusiones acerca de las posibilidades que aún puedan quedarnos. Y sólo son unos millares de sabios científicos, o también unos millares de gentes sensibles, quienes comprenden el sentido de esta catástrofe que nos amenaza. Lean ustedes el último párrafo de este discurso tan poco afectado tan poco "académico" y, al mismo tiempo, tan vital, tan estético en su forma, en su estilo, en su sobriedad.

El último párrafo dice así: "Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día hemos entendido, ha de traducirse, inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la injusticia y la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo gritaría ahora mismo con el protagonista de una conocida canción americana: ¡Que paren la Tierra, quiero apearme!".

Aquí se encierra el sentido de alarma, de respeto, de dignidad humana en el largo discurso del escritor que analiza no sólo esta situación, sino que nos introduce en la psicología de sus personajes que, de algún modo son también defensores de la Naturaleza. Creo que todos los seguidores de la obra de nuestro gran novelista, deberían leer este "S.O.S." lúcido, severo, desgarrador.

El libro se completa con una hermosa narración cinegética, muy Delibes, y un breve trabajo acerca de la catástrofe ocurrida hace un par de años en el coto Doñana. La narración, por sí sola, debería ser glosada en un largo comentario por su precisión de estilo, por su alegría creadora, por su evocación libre y bellísima.

Julio Manegat